

Potencia y ¿masculinidad?

FERNANDO ANGUIANO GONZÁLEZ*

Las ideas que presento en este trabajo surgieron del tratamiento con un paciente con problemas de potencia sexual; sin embargo, me llevó a preguntarme sobre otras manifestaciones de la impotencia. Por supuesto que está la impotencia del obsesivo, que transforma en síntoma, por ejemplo, la agresión hacia la mujer porque, según él, ella no puede. Me interesó pensar en otro tipo de sufrimiento, menos neurótico, y más cercano a la desesperanza y a la desesperación. Pacientes que dudan si podrán salir de su repetición, si podrán separarse de sus dependencias. Estos cuadros, en ocasiones, me hacen pensar en la depresión, la desvitalización, aunque no me di a la tarea de clasificarlos teóricamente, es más de mi interés compartir algunas reflexiones clínicas. También me generó preguntas sobre la potencia del analista y cómo ésta está en juego para que el paciente recupere su fuerza para vivir.

Nuestro trabajo articula lo femenino y lo masculino. Lo femenino más del lado de la creación de un clima emocional, la comprensión más allá de las palabras, el trabajo con los afectos. Lo masculino representado en el corte, la potencia, los límites a lo incestuoso, el establecimiento del encuadre. Es claro que hombre o mujer pueden ejercer las dos funciones.

La propuesta de este trabajo es pensar —a partir de una viñeta clínica— cómo está vinculada la potencia con un psiquismo más fuerte que se apega a la realidad, que tolera la frustración, que se planta frente a la vida con mayor solidez. Considero que la castración simbólica es indispensable para llegar a este desarrollo del psiquismo, y me apoyo en el artículo de Lacan, *Los tres tiempos del complejo de Edipo*, para desarrollar las ideas de este texto.

Como todos sabemos, el Edipo consiste en que el niño desea incestuosamente a su madre, que existe una rivalidad con el padre y posteriormente viene una prohibición de él. Deseo rescatar

*Fernando Anguiano González
Miembro adherente
de la Asociación
Psicoanalítica de
Guadalajara.

fdo.anguiano@gmail.com

sobre todo el tercer tiempo del Edipo de Lacan; él pone el acento en que no basta la prohibición del incesto, y le da una importancia esencial a la promesa que el padre le hace al niño. Cito: “En el tercer tiempo el padre puede darle a la madre lo que ella desea, porque lo tiene. El padre es un padre potente (...). Si el padre es interiorizado como ideal del yo, el complejo de Edipo declina (...) el niño se reserva todos los títulos para usarlos en el futuro (...) todos los títulos para ser un hombre” (Lacan, 2003, p. 201).

“Reservarse los títulos para ser un hombre” es la promesa de la que hablo. El padre prohíbe a la madre, y además ella halla su satisfacción en otro lado. El padre prohíbe y promete que el niño podrá usar su sexualidad y su potencia con alguien más, fuera de casa. Esto es fundamental para que ese niño se forme como un hombre potente, ya que su sexualidad no queda atrapada en la madre.

Me parece oportuno aclarar que hablamos del padre como el tercero, y no es necesariamente un hombre; un tercero que separe. Acosta y Lara (2020), proponen sustituir el concepto de la *ley del padre* por el de *legalidad parental*, donde la madre también está involucrada en la prohibición y en la promesa, y esta idea me parece más acorde a estos tiempos donde los papeles de la crianza se emparejaron, tanto en las funciones de contención como en las de instauración de la ley.

A continuación, trazaré algunas viñetas clínicas e intentaré tejerlas con las ideas que voy planteando. Ernesto es un paciente que tiene varios años en análisis: cuando lo recibí, tenía dificultades para avanzar en su vida de pareja, dudaba obsesivamente en casarse, tenía

relaciones sexuales esporádicamente, y regularmente se sentía frustrado. Mencionaba tener algunos éxitos en lo concreto: estudiaba una maestría, se consideraba inteligente, tenía buenos ingresos económicos; aunque no conseguía sentirse satisfecho con ello.

Mi paciente tiene un hermano con el que ha sido comparado toda la vida: buenas calificaciones, buen deportista, hacía actividades “de hombres” —en palabras del padre— como la cacería y el fútbol americano. Era un niño demandante; exigía juguetes, vacaciones, y los padres cedían a todas sus demandas, los rebasaba; mientras mi paciente tendía a ser pasivo, tibio y no destacó.

El padre apoyaba en todo momento a su hijo menor, y los éxitos del hijo engrandecían el narcisismo del padre, mientras Ernesto se quedaba pegado a mamá, siendo obediente y “buen hijo”. Al comienzo del tratamiento, el discurso de Ernesto era que su madre lo había atrapado, y lamentaba que su padre no lo impulsó lo suficiente para separarse. El reclamo más fuerte se lo llevaba la madre debido a que de niño lo mimaba, lo manipulaba, se exhibía en ropa interior (al igual que el padre). Padres “calentando” a los hijos hace suponer que la pareja no funcionaba sexualmente. Ernesto iba armando las piezas en el análisis, y llegó a la conclusión de que tanta excitación con su mamá provocaba que se le viniera a la cabeza su imagen cuando estaba con una mujer, y esto le provocaba eyaculación tardía o disfunción eréctil; lo perturbaba, le provocaba rabia y, en ocasiones, tristeza.

Seguido me encontraba a un hombre caído que se mostraba como un viejo, cansado, con dolores por todo el cuerpo; generaba una sensación de

mucha pesadez, frustración y poco movimiento. Era fácil pensar a Ernesto desde una perspectiva obsesiva e histérica; sin embargo, un tiempo pensé en algo más allá del goce de quejarse. A los seis meses de tratamiento, dice:

P. (...) pues al menos hice el intento, le eché ganas.

A. ¿Ya te vas a morir o qué?

P. No, pero si hoy me muriera, los demás podrían ver que me esforcé: vine a terapia, intenté subir de puesto en mi chamba... Lo de las mujeres se quedó pendiente, pero pues...

A. ¿Y ese desánimo? ¿Qué te pasó, por qué vienes tan caído?

P. No me pasó nada, sólo que a veces me siento de la chingada y me dan ganas de tirar la toalla.

Este tono afectivo era constante en el tratamiento, y, como mencioné, sentía drama; en otras sesiones sentía angustia y desesperanza. Sufría de reflujo intenso, y yo fantaseaba con que le daba cáncer; en muchos momentos me ocasionaba sueño, me sentía cansado, puesto que el tono de su voz era plano, sin variaciones. Sentía que me demandaba estar 100 % atento de él. Se decepcionaba en cada vacación, se sentía abandonado; en un asueto soñó que yo me iba de vacaciones a Cancún con mis pacientes, y no lo llevaba a él. Sentía la desvitalización, tal vez la transferencia era que yo quisiera rescatarlo. Se me vino, en una ocasión, una imagen de yo rescatándolo del mar, cargándolo y él caído en mis brazos. Le dije:

A. No, hombre. Entre que te va a dar cáncer, te andas muriendo/matando, y a mí se me vino una imagen: yo resca-

tándote en la playa y tú desguanzado en mis brazos. ¿Qué onda, Ernesto?

Muchas veces pensé en histeria, y, sí, muchas ocasiones se lo comenté; sin embargo, a la par estaba una desvitalización que me requería un esfuerzo distinto.

Después de varios años de análisis, mi paciente comienza un noviazgo, y adquiere un nuevo trabajo que le gusta. Ernesto consigue levantarse anímicamente; parece disfrutar más su vida. No se ha vuelto un casanova, claro está, pero comienza a tener deseos más aterrizados, y va planteando caminos para llegar a ellos. En el análisis se siente más vitalidad por momentos, y la relación conmigo se vuelve más fuerte, más natural.

Recientemente surgió el enojo con el padre. Comenzó a recuperar recuerdos donde lo devaluaba constantemente, y sigue siendo así: critica sus decisiones, no muestra alegría por sus logros, su opinión es demeritada y comparada con la de su hermano. Pasó de pensar que el padre no lo rescató a considerar que lo arrojó a los brazos de la madre, depositándole su parte impotente.

P. Es como si mi papá y mi mamá hubieran hecho un trato: "Yo me llevo a Javier a los torneos y me levanto el cuello porque él es chingón, y tú quédate con el gordito". Y ahí me dejó pegado con mi mamá; ella feliz, ¡claro! Y yo también encantado, lo sé; pero todo este tiempo he estado enojado porque mi mamá me atrapó, y disculpaba a mi papá... Y ¿sabes qué?, mi papá nunca destacó entre mis tíos, quebró su negocio súper joven y nunca se recuperó, nunca se levantó; y no se veía que le afectara mucho, parecía que todo el día estaba ocupado,

pero en realidad trabajaba como a lo pendejo... Yo creo que cargo la parte fracasada de mi papá; él se para el cuello con mi hermano, y a mí me echa la bolita de su parte fracasada, su parte pasiva...

A. Sí, estás muy identificado con esa parte de tu papá, pero también veo que te vas quitando eso de encima; estás mucho más ilusionado con la vida. Al inicio estabas como muerto, Ernesto.

El padre impotente que no puede con su mujer crece su narcisismo con el hijo exitoso y deposita su parte impotente en mi paciente. Ofrece al hijo a la madre; ella contenta, completa, y Ernesto atrapado y también encantado, obviamente. Pero ¿quién no quiere fundirse con su madre? No pierdo de vista sus ganancias; sin embargo, también le han traído el sufrimiento suficiente para emprender un tratamiento de varios años.

El trabajo del analista requiere de mucha fuerza para mover los caminos de la pulsión y generar nuevas formas de relacionarse. En el artículo *Sobre la dinámica de la transferencia*, Freud menciona que el analista pone diques a los caminos de la pulsión para desviar la compulsión a la repetición, y que gracias a la intensidad de la transferencia el paciente genera nuevos caminos más saludables. Las primeras veces que leí ese texto visualizaba un arroyo y diques de riego para desviar el agua en los campos de cultivo; ahora que lo vivo como analista, considero que, más que un arroyo, la fuerza de la pulsión es un río acaudalado, digamos el Amazonas, y los diques, en realidad, son cortinas de una presa que requieren una fuerza formidable donde choque esa intensidad, y la cor-

tina/analista soporte en pie para lograr ese desvío. La fuerza que debe tener el analista es directamente proporcional a la fuerza pulsional del paciente. Hablo de pasiones, de lo incestuoso, de la fuerza del Ello. Toda esta fuerza a favor del Yo abre una posibilidad de vivir con potencia, dominando lo intempestivo de la pulsión, para ponerlo al servicio de la realidad.

Si el análisis llega a buen término, la fuerza que usó el analista para contener al paciente se transformará en fuerza del paciente, el paciente se la apropiará; ésta es una herencia del análisis. La metáfora del caballo y el jinete que Freud utiliza en el Yo y el Ello es muy útil para ejemplificar esta idea, y uno de los alcances del análisis es que el jinete pueda con la bestia.

Después de muchos años, Ernesto va logrando movimientos. Paró la agresión hacia las mujeres y hacia su madre; comprende que no fue sólo ella, asume su participación y ahora está furioso con el padre.

A manera de conclusión, considero que la potencia está relacionada con la masculinidad, aunque eso no implica que la ejerzan exclusivamente los hombres. En psicoanálisis, desde hace tiempo, sabemos que la madre y el padre pueden intercambiar las funciones de cuidado y de autoridad, y el analista encarna estas dos funciones en su trabajo clínico.

En el mundo del psicoanálisis hay múltiples ejemplos de mujeres fuertes, inteligentes, que han sostenido asociaciones enteras, y han fortalecido la transmisión y la vida psicoanalítica. Mi analista, supervisoras, maestras, colegas, mujeres potentes. El psicoanálisis está lleno de mujeres y hombres —aun-

que seamos pocos— aferrados a la vida, produciendo, empujando, persiguiendo nuestro deseo, transmitiendo. Cuando un proceso psicoanalítico llega a su fin, devuelve la pasión por la vida al paciente, despierta el *eros* (Kristeva, 1987) y, por lo tanto, surge la potencia que el sujeto precisa para vivir.

BIBLIOGRAFÍA

- Acosta, S., y Lara, C. (2020).** "Masculinidades en falta: la denuncia adolescente". En: *Controversias en Psicoanálisis de Niños y Adolescentes*, núm. 26. Buenos Aires.
- Freud, S. (2001).** *Obras Completas*. Amorrortu Editores: Buenos Aires.
- _____. *Sobre la dinámica de la transferencia*. Tomo XII.
- _____. *El yo y el ello*. Tomo XIX.
- Kristeva, J. (1987).** *Historias de amor*. 1.ª edición. Siglo XXI: Ciudad de México.
- Lacan, J. (2003).** "Los tres tiempos del complejo de Edipo". En: *Seminario 5. Las formaciones del inconsciente*. Paidós: Buenos Aires.
- Winnicott, D. (2009).** *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador*. 6.ª impresión. Paidós: Buenos Aires.